

Algunas declaraciones políticas

Crónica de JAVIER AGUADO

MADRID, 1 (Colpisa). — Sorprenden muy frecuentemente a nuestros políticos. Y sorprenden sobre todo, cuando quieren torear a toro pasado, lavarse las manos y aquí no ha pasado nada.

Pongamos el ejemplo de don Miguel Aldasoro, subsecretario de Pesca y Marina Mercante, cuando explica ahora, después de más de un año en su cargo, en el que no puede decirse que haya cosechado muchos éxitos aunque ciertamente se ha movido para dar solución a los problemas. Pongámoslas como ejemplo de inoportunidad, cuando tienen casi aún coleando la huelga de la flota de altura y de los congeladores y merlujeros. Decirles a los pescadores españoles que el futuro está en los caladeros nacionales, es cuando menos llamarles ignorantes. Porque si tienen futuro, es porque los hay y con pesca en cantidad, como para dar de comer a la tercera flota pesquera del mundo. Y si hay caladeros aquí, y los hay en importancia, entonces, explíquese qué hace la flota española esquilmando caladeros de otras latitudes, donde además se les plantean crecientes problemas.

VALDECABALLEROS

Y que explique el señor ministro de Sanidad, y diputado de U.C.D. por Badajoz, señor Sánchez de León, el galimatías de sus declaraciones a una agencia: «U.C.D. se opone a la decisión de construir la central de Valdecaballeros, pero no ha dicho sí o no a dicha central». Para añadir después: «El pueblo extremeño se pronunciará sobre ello y exigirá, en caso de ofrecer respuesta positiva, unas

compensaciones muy altas, conformes a nuestras necesidades». Y, átense, porque de un organismo de la Administración que controla U.C.D. se trata: pues el ministro de Sanidad y Seguridad Social calificó de la resolución de la Dirección General de Energía como «sorpresiva, autoritaria y unilateral».

Conclusión de un españolito de a pie: pues dimítan al señor director general de Energía, por resolución tan sorpresiva, autoritaria y unilateral. O que el Gobierno, de forma oficial, nos hubiera advertido a todos —algún encierro alcaidero se habría evitado— lo unilateral, autoritaria y sorpresiva que resultaba ser tal actuación de la Dirección General de Energía.



ESPAÑA, CUBA Y LOS NO ALINEADOS

La conferencia de países no alineados de La Habana viene casi a coincidir con el vigésimo aniversario de la revolución que derrocó a Batista y que otorgó el poder a Fidel Castro. Los ojos del mundo están, pues, atentos a los acontecimientos que se suceden en estos días en la isla caribeña y que han tenido el preludio, a modo de gesto medieval, de la «suelta» de varios centenares de presos políticos encarcelados muchos de ellos desde que vio la luz el nuevo régimen.

La opinión occidental, en un tiempo expresiva de cierto recato a la hora de criticar el nuevo sistema político cubano, seguramente por la mala conciencia que producía la evidencia de los excesos del inefable dictador Batista, arropado por los Estados Unidos, verdadero país provocador de la revolución, ya no silencia el relato objetivo de lo que es y de lo que ocurre en la Cuba de Fidel. La revista liberal francesa «L'Express» ha dedicado casi íntegramente su último número al tema, con demolidores trabajos de Hugh Thomas, Jean Francois Revel y Fernando Arrabal. «The Economist» ha escrito en sus páginas que «después de las primeras improvisaciones, el sistema político cubano se ha fraguado en el molde soviético ortodoxo». «Amnesty International» afirmaba en un reciente informe que los períodos de prisión por motivos políticos son en Cuba los más largos de los que se tiene noticia. Y también se rememoran en estos días las im-

placables críticas de algunos bien poco sospechosos intelectuales: Sartre, Norman Mailer y Philippe Sollers, entre otros.

Los prolegómenos de la conferencia de países no alineados son también significativos. La anticipación con que el mariscal Tito ha llegado a La Habana no ha tenido otra causa que la de tratar de encarrilar con el suficiente tiempo los rumbos de la no alineación hacia el auge que se fijó originalmente en Bandung en 1955, y que no era otro que la independencia política, social y económica del movimiento con respecto a ambos bloques. La tesis de Fidel Castro, sin embargo, es muy otra: el desarrollo de los países tercermundistas, recién salidos muchos de ellos de la colonización, sólo puede lograrse plenamente mediante la vía socialista-comunista y a la sombra de los grandes aliados del Este. En suma, la conferencia de La Habana se está convirtiendo, ya desde antes de celebrarse, en un puro sarcasmo: algo así como si la hubieran convocado la Unión Soviética o los Estados Unidos.

Cabe, pues, preguntar, qué hace España en semejante sitio. Las razones de nuestra presencia siguen el hilo de un razonamiento primario: la indudable alineación de España no debe privarla ni de una política exterior independiente, ni de una acción propia en diversos centros de influencia mundial. Una ambición plenamente asumible, que resulta coherente con nuestro repentino y lícito entusiasmo por ayudar a Nicaragua y a Guinea, y con el cambio de actitud respecto al Sahara, loables gestos todos ellos que configuran una brillante política original que tampoco desdice de nuestros compromisos europeos y atlánticos fundamentales. Pero ello no acaba de explicar el viaje a La Habana, que ha venido a satisfacer, sobre todo, a los partidarios de la tesis neutralista de Tito, por cuanto se supone que nuestro país, aún como invitado, influirá sobre todo a través del «Pacto Andino», en la consolidación de esta línea y en contra de las querencias de Castro.

Pero tampoco se entiende cuál es nuestro particular interés en ejercer este papel de redentores de un movimiento que no nos engloba, y en mantener un dudoso equilibrio entre las filias para con Castro y las fobias para con su prosobietismo, al tiempo que se participa innecesariamente, aunque sea en silencio, en la ceremonia ritual de un coro de insultos ya no tanto contra los Estados Unidos como contra el modelo de sociedad que este país, quierase o no, encarna.

El próximo paso de la operación es la visita de Castro a España, como muestra de que nuestras relaciones trascienden del respeto mutuo y de la diplomática «cordialidad». Y se olvida, quizá, que pese a las explícitas declaraciones de que el visitante ostenta la representación del pueblo cubano, esto no es exactamente así, o al menos no lo fue en el caso de los dirigentes de nuestro anterior régimen que, en el extranjero, eran portavoces de la dictadura y no de la ciudadanía, lo cual, dicho sea de paso, nos parece muy lógico. Y Cuba, hoy por hoy, sigue siendo una cárcel.

Por tales motivos, aunque creemos acertada la línea básica que sostiene nuestra política exterior, no comprendemos este género de escarceos que más parecen fruto de una inmadura volubilidad que de un conocimiento exacto del sentido que queremos imprimir a la historia.

LA EUROPA DE LOS PICOS

¿Quien bautizó con el nombre de Europa, a los picos bravíos acumulados y sorprendentes de los tres macizos asturianos que llevan su nombre? Oigo versiones no convincentes. Hablan algunos de tripulantes o pasajeros de navíos que llegados de América adivinaban a muchas millas de la costa la gigantesca crestería en un día luminoso, y bautizaron a la primera tierra visible del continente con ese calificativo. Otros piensan en peregrinos jacobinos dejando el vocablo como un recuerdo de su paso por la tierra astórica. El primer testimonio escrito que se conoce se encuentra en Lucio Marineo Siculo, el fecundo cronista italiano de comienzos de nuestro siglo XVI, que emplea la expresión en forma inequívoca. A partir de él, la repiten historiadores y cartógrafos. No me parece probable la primera versión, ya que no puede haber muchos viajeros procedentes de América que dieron lugar al epíteto cuando el escritor redacta su historia en 1530. Tampoco resulta coherente que los caminantes de Santiago, europeos en su mayoría, llamasen «de Europa» a unas montañas que estaban próximas al «Finis Terrae» de la Iberia remota y casi inaccesible. Subsiste para mí la curiosidad de ese nombre cada vez que visito el incomparable paraje. Hasta entonces la toponimia tenía desde el tiempo romano diversas acepciones enteramente distintas.

La geología revela el arte supremo de la naturaleza. Forja, pliega, levanta, afila, a lo largo de millones de años, la primera materia de que está hecha la corteza terrestre, lo único que conocemos acerca del contenido interior del inmenso globo sobre el que vivimos. Cuando por un azar de las formaciones calizas carboníferas se concentran docenas de picachos en una reducida área, todo el entorno de la biosfera desde el árbol, la flor, el arbusto, la hierba, el rebeco y el águila, ajustan su proceso biológico al mundo alpino concentrado en el que viven.

También el ser humano es afectado por lo que le rodea, lo que siente y lo que ve. Los picos son un gran monumento natural que cambian la dimensión del hombre, sacándolo de la escala habitual, el urbanismo moderno hecho por él, a su medida. Si es verdad que el universo entero cabe en una celda y que los japoneses han sabido, con magistral sabiduría, reducir los tamaños relativos de una montaña y un bosque a un diminuto jardín enano de proporciones semejantes, también es

cierto que el situar al individuo de la ciudad frente a las gigantescas montañas y a los torrentes virginales, se le descoyunta de sus apoyaturas artificiosas y cotidianas. Por un instante el viajero se siente descentrado ante la inmensidad. Luego, los reflejos actúan y empujan la mente hacia la meditación analítica. Unamuno, que era montañero intelectual, solía subir a Gredos o a la Peña de Francia a chapuzarse en el aire limpio de las cumbres. El monte invita a la reflexión y al silencio. Después del sobrecogimiento inicial en mis contactos con los alpinistas que practican este deporte de alguna altura me impresiona con frecuencia la reserva y la escasa verbosidad que manifiestan en el diálogo breve de las sendas y de los caminos. Parecen animados de una fuerte y segura voluntad que no es solamente la del esfuerzo requerido, sino también la de continuar sumergidos en la inefable comunión con la naturaleza y el paisaje.

La España verde, cantábrica, tiene connotaciones específicas y nada tan útil para conocer la geografía humana de nuestro país como ascender desde ella a la meseta castellana por cualquiera de las rutas montañosas, por ejemplo, y atravesar los inmenso y selváticos bosques de Saji o de Cabuérniga o de Liébana, poblados de caza mayor y arribar repentinamente a los desnudos páramos del campo, donde la luz brillante y seca del altiplano nos advierte de que estamos en el confín del gran techo de España que se extiende hasta Despenaperros, con fauna, flora, caza y vida agraria, esencialmente diferente de la cornisa norteña. El contraste es brusco y se alcanza en minutos, ahora que la rapidez motorizada ha superado a la dura y lenta ascensión de los foramontantes de antaño que Víctor de la Serna evocara con emocionada pluma. Pero ese cotejo y mosaico, de gentes, climas, paisajes y culturas variopintos y abigarrados y en ocasiones antagónicos, se forjó la resultante final de nuestro pueblo que integra esos elementos dispares, en síntesis cotidianas que son muchas veces difíciles.

Además del calificativo de «Europa» tardío y de oscuro origen, también es relativamente moderno el uso de llamar «picos» a lo que se denominaba antes montes o peñas, referidos al gran macizo asturiano. Tampoco se sabe bien cuándo se verificó este nuevo bautismo orográfico. Lo único cierto es que hoy es universal el re-

nombre de estos Alpes españoles que llevan el nombre del viejo mundo.

Canivet escribió aquello de las ideas picudas que encajaban mal con el resto de las europeas. Pensaba que lo autóctono nuestro era distinto, singular, imposible de enlazar con la cultura dominante, esotérico, para nuestros vecinos de ultrapueños, más proclive al África que a la vieja civilización occidental: con elementos inasimilables que el denominador común del progreso que él conocía, que era el del ochocientos, no era capaz de digerir. Hay quizás una honda verdad en las interpretaciones brillantes del pensador granadino. Somos individualmente descolantes y acentuadamente diferenciados. Cada español es, sino un rey, si al menos una torre de orgullo asentado sobre su personalidad. Nuestra envidia procede del profundo igualitarismo que late en nuestro ser con respecto a los demás conciudadanos. Nos falta disciplina y acabamos yendo cada uno por su lado. No nos gusta abrir el portillo de la intimidad del yo sino a muy pocos. A pesar de la insolidaridad vital nos sentimos satisfechos de que la gran comunidad de los españoles sea tan diversa, tan dispersa y tan acentuada y compuesta de muchas y fuertes individualidades.

Cavilaba yo sobre estos pensamientos, mirando el inmenso ejército, mal alineado, de los picos de Europa con su cortejo imponente de torres, mesas, morras, cultos, monas, peñas, horcadas y neverones y demás denominaciones que llevan los picos. Tienen estas alturas relativamente semejantes; son más de un centenar: compiten unos con otros en su airosa identidad: son difícilmente accesibles. Vencer su reserva impenetrada es, a veces, empresa arriesgada: juntos, forman uno de los más bellos espectáculos de la naturaleza. ¿No son por ventura, alegoría de lo que somos los españoles vistos de cerca y mirados desde lejos? ¿Firmes en nuestra solitaria independencia y en nuestro arisco igualitarismo y admirados por quienes en el mundo entero contemplan la vida española como una de las más ricas en acentos en vigor y en originalidad?

Somos Europa y vamos a integrarnos en ella. Con nuestra propia idiosincrasia, con nuestras ideas picudas ¿No seremos en realidad la Europa de los picos?

JOSE MARIA DE AREILZA